

## ¿QUÉ ENCUENTRAN Y QUÉ NO ENCUENTRAN LAS CULTURAS JUVENILES EN NUESTRAS COMUNIDADES Y CARISMAS?

**CEDIMSE**  
(Centro de Desarrollo  
Integral de la Mujer,  
Santa Escolástica)

Somos Diana, Paola, Mague, Rosario, Chuy y Mundo; vivimos en la Ciudad de Torreón Coahuila, México, vivimos en un lugar conflictivo, en donde es difícil encontrar un espacio libre de violencia en el que podamos expresarnos, ser nosotras y nosotros mismas/os, y sentirnos seguras y seguros.

Hace casi 20 años, en nuestra colonia, se fundó un centro comunitario llamado CEDIMSE (Centro de Desarrollo Integral de las Mujeres, Santa Escolástica), gracias a las hermanas benedictinas pertenecientes a una de las órdenes religiosas más antiguas de la Iglesia Católica, la Orden de San Benito. Este centro trabaja con niñas, niños, jóvenes, mujeres y hombres que en comunidad buscan un espacio en donde encuentren una luz de esperanza para poder realizar cambios en su colonia.

Nosotras y nosotros, desde hace ya algún tiempo, colaboramos en diferentes actividades del centro, y gracias a ello hemos podido encontrar en este carisma herramientas que nos ayudan a ver la vida de diferente manera. En el presente artículo hablaremos acerca de algunas de las enseñanzas que hemos adquirido a lo largo de nuestro camino en

CEDIMSE, con las hermanas benedictinas.

### Un Dios terrenal

Desde la niñez, nos enseñaron la idea de un Dios supremo y mágico, pensábamos que solo se encontraba en el cielo y que nos observaba desde ahí, creíamos que el Dios que conocemos solo estaba con las personas que no cometen ningún error, con las personas que van cada domingo a la iglesia, y con las que siempre rezan; pero ahora, a partir de lo vivido en nuestra comunidad, nuestra visión de Dios ha madurado.

Nuestra espiritualidad, nos ha enseñado que Dios se encuentra en nuestra vida diaria, desde que nos levantamos en las mañanas, hasta en las más sencillas acciones que hacemos en el día. En nuestro carisma, hemos aprendido que Dios se manifiesta de diferente manera en el agua, en el aire, en la tierra y en todas las personas con las que nos encontramos en el camino.

Lo anterior lo vemos reflejado al trabajar con las personas, ofrecer nuestro servicio, y el tener resultados, como una sonrisa de una mujer, una persona adulta,

un hombre, un niño o una niña; sentimos que la presencia de Dios está en nuestro trabajo, y en las personas con las que trabajamos. A partir del trabajo que hacemos, comprendemos que el Espíritu se manifiesta en el quehacer diario.

### Somos iguales

La situación actual de violencia en nuestra ciudad, ha creado desconfianza entre la gente: los días en los que platicábamos con la persona que se sienta a nuestro lado en el camión [bus], los días en que solicitábamos ayuda a las personas sin ningún temor, así como el poder confiar en un trato de palabra, han quedado sustituidos por el temor de recibir alguna agresión por parte de nuestras/os vecinas y vecinos, familiares o amigas y amigos. Somos una sociedad disfuncional, en donde se ve por el bien propio, antes del bien común. Hoy es fácil juzgar a una persona simplemente por su forma de vestir, caminar o hablar; dejamos a un lado el contenido del libro, y nos quedamos sólo con la portada. Nos hemos olvidado de que cada persona tiene algo que enseñarnos y dar a conocer de sí mismo o de sí misma. En la vida cotidiana con frecuencia excluimos a las personas por su

condición social, por su situación familiar, o por su forma de pensar.

Dentro de la espiritualidad benedictina, nosotras y nosotros encontramos un espacio donde hemos aprendido a recibir a las personas sin cuestionar o juzgar su modo de vivir, sino que las aceptamos y las integramos dentro de nuestra comunidad, la cual nos ha enseñado que todas las personas son bienvenidas, que debemos dejar a un lado las etiquetas y prejuicios sociales para una sana convivencia, dando oportunidad a recibir ideas, inquietudes, sueños y esperanzas de la persona.

Entendemos que todas y todos somos parte de una misma familia, en la cual trabajamos la solidaridad que realizamos con niñas, niños, mujeres y hombres todos los días.

Sabemos que es difícil, pero también sabemos que cada acción pequeña puede tener una gran respuesta. Una sonrisa, un buen día, un “qu’hubo” (como generalmente nos saludamos en nuestra ciudad), puede generar grandes cambios en una persona afectada por la violencia actual.

Por otra parte, reconocemos a cada persona a partir de su esencia de espíritu humano, más allá de su condición social, del contexto social en el que vive, incluso cuando esté involucrado en espirales de violencia, entendemos que es una persona humana, y, aunque el miedo, nos haga pensar, el trabajo en comunidad nos hace razonar que cada persona merece un trato digno. Hemos encontrado un lugar en el que todas y todos somos iguales, y donde, aún y con las contrariedades del mundo en el que vivimos, al reconocer a las personas por ser eso: una persona y no una etiqueta, vamos formando nuevas redes para nuestra vida en comunidad.

### El placer de servir

Hay muchas personas que utilizan el servicio como un beneficio personal creyendo que si realizamos un servicio, tenemos que recibir algo a cambio forzosamente. Siempre se quedan esperando algo que no va a llegar. Ahora comprendemos que el trabajo en comunidad, sin comparaciones y con humildad, no es símbolo de humillación o de vulnerabilidad, sino de una formación humana. Descubrimos que es importante

realizar las pequeñas cosas con entusiasmo y siempre con la disponibilidad, creando así un compromiso personal de vida cotidiana sin sentirnos obligadas/os a hacerlo, sino haciéndolo con el corazón. Todas/os las/os que acudimos a este centro comunitario nos hemos dado cuenta de que todo el trabajo que realizamos día a día siempre logra que las personas a las que les brindamos el servicio sean felices, y así también nosotras y nosotros también lo seamos. Simplemente con el hecho de saber que ese esfuerzo es dirigido para alguien y lo hacemos sin ninguna condición de recibir algo a cambio.

Desde el momento en que entramos a este hogar podemos tener la certeza de que habrá alguien que estará dispuesta/o a saludarnos y ayudarnos con todo el corazón. Cada una y cada uno de los jóvenes que hemos llegado a este centro, lleva consigo el espíritu benedictino de ayudar a las personas que conocemos y a las que no, servir a las más necesitadas y abrazar a las personas más indefensas.

Cada vez que salimos a las calles de la colonia [barrio] a trabajar con la biblioteca o cuando

llega una persona con problemas de inseguridad, familiares, agresiones, etc., tenemos la necesidad de ayudarla sin importar su historial o antecedentes. Es una persona y como persona se merece nuestro apoyo.

Sin importar lo que podamos o no recibir a cambio, lo importante va ser la calidad con la que nos entregamos a hacerlo. Hay trabajos en los que ni siquiera la comida o el agua nos hacen falta para tomar energías, y mucho menos si tenemos problemas personales, estos serán un obstáculo para lograrlo, porque las personas a las que ayudamos valen más que todo esto, y además nos dan uno de los regalos más grandes que existen: su gratitud, su confianza, su amistad y, sobre todo, su cariño.

En la actualidad los jóvenes podemos caer fácilmente en la ociosidad y perder mucho tiempo de nuestra vida en cosas insignificantes, como ver la televisión, chatear, o en fiestas, sabiendo que en alguna parte del mundo o hasta en la misma colonia hay alguien que nos necesita y tenemos las herramientas para ayudarle. Ser un joven benedictino no implica obligaciones sino compromisos con Dios, con nosotros y con

nuestra comunidad, dispuestos a ayudar simplemente por el placer de servir.

### Los vasos sagrados del altar

Dentro de la espiritualidad benedictina, San Benito nos dice que cuidemos todas las cosas como si fueran vasos sagrados del altar (RB 31,10). Los vasos sagrados del altar se cuidan y se valoran. Tratamos de aplicar esta regla continuamente en el centro comunitario porque hemos comprendido que cada persona y aún las cosas materiales, que se encuentra en él, forman parte de nuestro altar. Por esto hacemos cada actividad con un valor muy significativo, que marca la diferencia en nuestros hábitos y conductas. Limpiamos lo que se ensucia, acomodamos lo que utilizamos y cuidamos lo que se nos presta para trabajar, ya que sabemos que otra persona necesitará las cosas después y que CEDIMSE es un lugar comunitario de todas/os. Como en todo espacio, existen reglas, que son necesarias para la formación humana. En este caso las reglas que se manejan no son en sí forzosas sino más bien de respeto mutuo, ya que sin ellas no existiría orden o disciplina. Para que esto conti-

núe nos ayuda el consejo de san Benito de tratar todas las cosas como vasos sagrados del altar.

Por otra parte, tenemos en cuenta que como en cualquier grupo social hay problemas, pero si sabemos cómo tratarlos y cómo reaccionar ante diversas circunstancias, de una manera pacífica, habrá más amistades reales y duraderas, sin provocar conflictos, acompañados de chismes o rumores que más tarde terminen destruyendo el ambiente de cuidado y respeto mutuos.

Dentro del centro logramos cuidar cada una de las cosas que nos rodean, ya que es como si nos cuidáramos y, al mismo tiempo, cuidáramos a las personas que más amamos, ya que al sembrar cada grano con amor, prosperidad y cuidado, cosecharemos un gran futuro para todos.

CEDIMSE está conformado por cada uno de los que acudimos allí, y todas esas personas que de alguna manera han influido para formarnos como jóvenes, en busca del bien común.

Encontrar un Dios terrenal, saber que todas y todos somos igua-

les, encontrar el placer de servir a los demás, así como el reconocer a todo lo que nos rodea como vasos sagrados del altar, son algunos valores que hemos aprendido en nuestra comunidad benedictina.

Esperamos que todos nuestros aprendizajes ayuden a que otras personas encuentren una respuesta en su forma de vivir, y logren ser mejores cada día, sintiendo amor y compromiso en las pequeñas acciones que cada una y cada uno realizamos desde el lugar en donde nos encontremos.